

En la misma piedra

Deia, 1983-02.

No hay que remontarse mucho en la historia de España para tropezar con esos casos ejemplares de lo ineficaz y costoso que le ha resultado la fuerza, como remedio para resolver sus problemas sociales y políticos. En cuanto los que son aplicables a nuestro pueblo, basta echar el reloj atrás diez años con el Caudillo todavía, con Fraga y con Martín Villa después.

Sólo nos faltaba ver caer al PSOE ahora en la misma tentación de usar el entonces tan criticado remedio de la fuerza.

Pues ya está.

Y uno se pregunta: ¿por qué?

Estamos viviendo en un régimen de democracia. Con sus baches, pero ahí está. Se ha venido reorganizando el tejido político del Estado con menos contratiempos que los temidos por los catastrofistas.

En cuanto a los vascos, hemos podido votar libremente un Estatuto de Autonomía que ha venido desarrollándose con rémoras, atascos y hasta amenazas solapadas, pero que la voluntad responsable de los partidos políticos vascos y sus elegidos: los alcaldes, los presidentes de Diputación Foral y el Gobierno de Garaikoetxea, han hecho posible que venga funcionando con reconocida eficacia. Esto no quita, y es fruto del juego democrático, para que un sector del país considere que estos logros en el camino de la recuperación de nuestra cultura, nuestra administración y nuestra vida política, no son suficientes; y más: que se mantenga un grupo decidido a continuar la lucha armada que fue provocada por la larga dictadura.

Uno de los muchos frutos funestos del franquismo.

Sin embargo, la gran mayoría de los vascos que estuvimos y estamos contra el despotismo, estamos también contra la continuación de esta violencia que es su herencia; y no porque algunos puntos de KAS sean ajenos a las aspiraciones democráticas de una mayor libertad de decisión vasca, sino porque consideramos que las armas de la lucha democrática son más del tiempo de esa recuperación política que vivimos, y también porque la práctica reciente de la alternativa armada está llegando a punto de violencia indiscriminada y brutal que rechaza nuestra conciencia.

Y, además, por si hiciese falta algo más, porque ese cambio no tiene salida y se impone la responsabilidad política de evitar en este pueblo la catástrofe.

Ahora bien, ¿cuál es la solución?

La salida de un estado de guerra está en los viejos intentos de aplastar al contrario o de sentarse a hablar. Descartado el primero por imposible, estamos por este segundo, aun sabiendo que es difícil de aplicar. Pero menos se logra sin intentarlo. Este intento serio del lehendakari Garaikoetxea cuenta con algo muy importante: con el respaldo de la inmensa mayoría de su pueblo; incluso con la voluntad negociadora inicial de este

importante sector crítico (210.000 votantes) en representación de ETA. Así, con esta presencia, la de los representantes vascos del PSOE, que es Gobierno, y la asistencia de EAJ/PNV como mayoría parlamentaria vasca a la que tácita o explícitamente respaldan las demás fuerzas políticas, estaría la figura negociadora y abierta al diálogo del lehendakari Garaikoetxea.

Todo parecía presagiar un buen intento.

Así las cosas, se han producido los atentados de ETA que todos conocemos. Los vascos que representan al PSOE en Euzkadi han reaccionado ante estas violencias negándose a participar en la propuesta mesa negociadora. Y con el argumento de que exigen la garantía de una tregua. Sea, que haya una tregua, si se puede; aunque para acordar eso mismo, una tregua, hay que comenzar por sentarse. Pero si esta tregua tiene que ser previa como quiere el PSOE vasco, se supone que por ambas partes. Y no es el caso, porque se ha producido al mismo tiempo el error grave de mandar contingentes masivos de fuerzas a Euzkadi, actuando abusivamente sin el previo conocimiento del Gobierno vasco como está dispuesto en el Estatuto de Autonomía, que también es parte de la Constitución.

¿A qué se está jugando?

Al Gobierno socialista le ha faltado imaginación y paciencia para sortear la piedra en que han venido tropezando en Madrid antes del "cambio".

Y no basta que la buena voluntad del delegado del Gobierno central en Euzkadi trate de calmar a la población vasca con el argumento de que tiene el propósito de hacer que el ciudadano se sienta más protegido, porque la experiencia despierta en este ciudadano vasco recuerdos bien diferentes y muchos.

El señor Jáuregui, que es vasco, lo sabe bien. Sólo que también él, como los demás del PSOE, dependen de la visión interesada de Madrid.